

— Sí, dijo alzando la cabeza, todo eso puede ser muy bien verdad, y el negocio conducido hábilmente; pero á pesar de todo, en lo que concierne á Liliás, mi hija, me toca demasiado cerca para que yo no haya tenido voto en el capítulo.

Porque, al fin, yo quiero que mi hija me ame, y me desgarra el corazón el verla en brazos de ese hombre que me roba sus caricias.

¡Oh! yo le aborrecía ya bastante; le aborrecía por la felicidad de que me había privado, y por todo el mal que yo le he hecho; pero hoy que me quita á mi Liliás, le odio todavía con más fuerza.

M. Gigant se sonrió.

— ¿Quién sabe, dijo, si no entra en mi plan el que tú le aborrezcas?... pero te lo repito: dejémonos de sentimentalismo... Los negocios sobre todo. Hablemos razonablemente.

Tú me reconvienes porque me haya ocupado de Liliás, de tu hija... preciso era hacerlo en vista de que tú no lo hacías, siendo como eras la parte más interesada en el asunto, y de cuyo desempeño te se había encargado particularmente.

No creas que lo que yo te digo es por escatimarte, cuando llegue el momento de la repartición, la parte que te corresponda, sino para probarte que te has conducido como un simple, mi pobre amigo.

Toinon lo habría hecho mucho mejor que tú.

En el negocio de Nini Moustache, que ha salido bastante regularmente — gracias quizá á que he tenido también que meter las manos en la masa — tú no has hecho sino niñerías, hijo mío. — ¡Cómo! tú que estabas en el centro de la plaza, te has dejado hurlar hasta ese extremo... madama de Puy-saie ha podido largarse la víspera del desenlace del drama, sin que hayas tenido el más mínimo conocimiento de su proyecto de evasión, y lo que es más, sin que á estas horas hayas podido ni rastrear su pista... y á Liliás, á esa hija adorada de la que tan enamorado te muestras, sin mí, tampoco, sabrías adonde ir á buscarla.

De modo que, francamente, coronel, si yo me entremeto en tus negocios, es porque los veo muy embrollados, y creo necesaria mi ingerencia en ellos.

— Bueno, dijo con aspereza Fritz; tú eres mi maestro, lo confieso; tú has sabido encontrar á Liliás mientras que yo no lo había logrado á pesar de haber recorrido y registrado todos los rincones de la villa; pero te repito que en este momento una cuestión se sobrepone á todas las demás para mí, — la de *sentimentalismo*, — como tú dices.

Yo no quiero que el día en que haya conseguido hacer rica á mi hija, venga á decirme:

— No os conozco.

No quiero que ese día se compadezca ni tenga lástima de las víctimas que yo haya sacrificado por ella.

Ya sabes que yo soy ambicioso, puesto que me he hecho tu aliado, pero también debo decirte una cosa que parece que ignoras, y es: — que soy padre...

Déjame hablar una vez, M. Gigant, ya que desde que te

conozco te he dejado bien á menudo la palabra y la predominancia; dejame decirte, siquiera una vez, lo que pienso y lo que quiero.

Hasta hoy siempre te he obedecido; reconozco tu superioridad que procede por tu carencia absoluta de escrúpulos de ninguna especie. No te conozco ni una sola pasión, es decir, ninguna flaqueza; y serás invencible mientras que esa fuerza que tú no conoces, es decir, la pasión, no te haga saltar como una locomotora mal dirigida.

Pero ese día llegará.

M. Gigant, pensando en Aurelia, se decía á sí mismo:

— Sí, tienes razón; quizás llegará ese día.

— Ese día llegará, continuó el coronel, y si no viene por tí mismo, de seguro vendrá por alguno de tus asociados más fieles, tal vez por mí mismo. No me empujes hasta reducirme á los últimos extremos, porque entonces habrá necesariamente un ruidoso rompimiento, y está bien persuadido de que si yo no tengo la fuerza suficiente para dominarte, tendré por lo menos la necesaria para hacerte saltar conmigo.

Escucha: cuando hice conocimiento contigo la primera vez, entonces no valía yo gran cosa, y te admiré francamente. Si me hice tu aliado, lo fué voluntariamente. Sentía en tu cerebro un poder de perseverancia que me faltaba á mí, y que nunca tendré. Yo, entonces, era joven, ardiente, tú tenías necesidad de mí como yo de tí; los dos nos necesitábamos mutuamente.

Y estas mutuas necesidades son las que hacen las alianzas sólidas; y yo me hice tu aliado y tu amigo.

He ido mucho más lejos: he sido y me he hecho tu instrumento.

Un día me has dicho: « Es menester que madama de Puy-saie sea tu querida », y lo fué.

Está intriga con una señora de la alta sociedad lisonjeaba mi amor propio... y, á pesar de ello, yo sentía que obraba mal.

Desde el momento en que la pasión se mezcla en los negocios, todo se echa á perder. Yo no soy un frío calculista, y esto de ver á una mujer que llora, que padece, que ruega, es cosa que me conmueve.

Tú que eres como el bronce, ignoras todo eso.

¿Es esto un sentimiento verdadero, ó simplemente una reminiscencia de las tablas del teatro que desde la cabeza baja al corazón? no lo sé. Que estos pensamientos y sensaciones sean mías propias, ó que sean antiguas frases de los dramas que he representado y de los que me acuerdo; ¿eso que importa?

Yo no sé sino una cosa, y es que fuese ficticio ó verdadero el dolor, yo lo he sufrido.

He sufrido por la confianza que tenía en mi aquella mujer á quien vendía. Yo no estoy acostumbrado á representar los *terceros papeles*. He sufrido por la falsa denuncia que tú me has obligado á enviar al conde. He sufrido por la amistad contraída con un hombre, ó mejor dicho, impuesta á un hombre á quien yo deshonraba, y del que al mismo tiempo estaba celoso como un animal salvaje, como una fiera.

Y nunca he dicho una palabra acerca de todos estos sufrimientos.

Ten todavía un poco de paciencia; no hace mucho que me has permitido el *seguir adelante con mi relación*. Abuso un poco de este permiso, pero será la primera vez y la última de mi vida que yo representaré delante de tí la verdadera comedia.

Ya que soy un pobre diablo, cuando quizás hubiera podido llegar á ser un buen ó un regular Talma, quiero por lo menos ser aplaudido una vez en mi vida.

Papel de comedia ó no, realidad ó ficción de que yo soy la primera víctima y el juguete, quiero que me veas y me conozcas tal como yo me creo que soy.

Sujeta bien la brida, M. Gigant, porque el día que la sueltes, te romperé la crisma.

Que fuese con sinceridad ó sin ella como hablase el coronel Fritz, eso poco importa.

Lo cierto es que al expresarse así, estaba realmente bello, y M. Gigant, á pesar de su sangre fría, se sentía azorado é inquieto ante aquella fuerza, desconocida hasta entonces.

Aquella fuerza que Aurelia había hecho despertar en sí mismo.

La pasión.

El coronel continuó, después de un corto silencio, calculado quizás para producir mayor efecto.

Porque los actores nunca dejarán de serlo, y aun hasta hallándose al pie del féretro de sus propios hijos, harían todavía *sus pausas*.

— Tú me has obligado á hacer infamias, y no me he sublevado por eso; me has obligado á echarme en brazos de otra Nini Moustache á quien yo amaba, y no me he quejado; me has hecho atormentar á Hortensia, á la que no hacía padecer sino á espensas de mi propio corazón, y no he dicho una palabra; y á la hora presente, no tengo en todo mi ser sino un pequeño rincón en donde no te hayas entrometido — Liliás — y á fé mia, te aconsejo que no llegues á tocar nunca á esta cuerda sensible.

Por último, yo me reconozco impotente contigo, absolutamente. Obra á tu manera. En cuanto á mí, no me queda más que un solo recurso contra tí, ese de que te hablaba hace un momento, el de la locomotora, — el de saltar y hacerte saltar conmigo.

En definitiva, esta confesión de debilidad é impotencia era un triunfo para M. Gigant.

Pero á pesar de ello, este triunfo le daba que pensar; no podía menos de decirse:

— ¿Si Aurelia me vendiese?... Pues lo que, al fin de cuenta, hay más claro en esta introducción de Liliás en el hogar doméstico del conde, introducción en la que yo no he tenido parte alguna, es la hostilidad manifiesta del coronel. Hoy he perdido mi mejor instrumento.

El triunfo es para Aurelia.

## IX

## EL CAMPO DE LOS ROSALES.

El sitio es delicioso; yo no sé bajo qué nombre se le designa en el plano de los alrededores de París; pero el buen Clemente le había encontrado uno tan perfumado, tan risueño como el sitio mismo. Lo había bautizado con el de « Campo de los Rosales. »

La casa era pequeña, y estaba toda cubierta de follaje y de flores, como un nido; el jardín era como un grueso ramillete, y las personas que habitaban la casa, alegres, risueñas y dulces como alondras.

En este retrete tranquilo, alejado de visitas importunas y de curiosos indiscretos, vivían retiradas madama Rozel y Ursula.

Desde que salió del convento, la interesante joven no había vuelto á sentirse tan dichosa. Nada le faltaba en aquel asilo escogido, ni aun noticias de Cipriana.

Los encantos y travesuras de hada que tanto habían intrigado á la Azul, se renovaban hoy con la Blanca, que todas las mañanas, y sin que ella supiese como había venido, encontraba sobre la mesa de su cuarto una carta de su Cipriana.

Y desde el primer día, en otro billetecito muy corto de una letra que le era enteramente desconocida, le decían: que no tenía más que dejar sus respuestas en el mismo sitio, y que llegarían directamente y por el mismo conducto á manos de la amiga.

Ursula era animosa, y esta especie de magia blanca le causaba tanto menos miedo, cuanto que se presumía quién era el hada con quien tenía que habérselas.

Así, ¡con cuánto fervor no rogaba á Dios todas las noches, la pobre niña, por madama Lamouroux!

¿Cómo era posible, en efecto, no ver en todo esto la mano de la buena dulceta de color de hoja seca?

¿No era madama Rozel el brazo derecho de la caritativa rentista, la misma que se le había dado como compañera de destierro y como especie de aya?

El aya no le causaba ningún miedo, y la compañera le agradaba en extremo.

Madama Rozel era también muy joven, muy bondadosa, muy alegre y traviesa; mas traviesa que Ursula, que siempre había sido algo seria.

Así era un gusto el oír las alegres risas que no cesaban de oírse durante todo el día en aquella linda casita del Campo de los Rosales.

Y sin embargo, — como el alma necesita siempre tener algún deseo, necesidad que se hace sentir hasta el punto de

creerse que este deseo es una de las condiciones de la dicha, — sin embargo, decimos, en aquella casita en donde todos los días eran de fiesta, había uno entre todos ellos que se le deseaba ver llegar con singular impaciencia.

Aquel día era el domingo.

La casa presentaba por la mañana, en el exterior, la misma apariencia tranquila que los demás días; pero de seguro podía apostarse que no se dormía tanto como de costumbre, y que detrás de las persianas había unos ojillos vivarachos que estaban acechando el camino enarenado que conducía á la entrada de la verja del jardín.

A las nueve no se veía todavía á nadie por aquel camino; pero por entre los zarzales solía hacer pasar el viento complaciente la ritornela de alguna canción alegre, de alguna canción de primavera.

Entonces, al oír la, madama Rozel abriendo de par en par las persianas, exclamaba alegremente: ¡ea! hé aquí la « Marsellesa » de los enamorados.

Todavía no se apercibía á nadie en el camino, pero la voz se iba acercando, dejándose oír mas claramente, y así continuaba hasta la distancia de una veintena de varas, en que resonaba mas sonora y fuerte acompañada con el paso en cadencia del alegre cantor.

Entonces se abría la puerta de hierro de la verja, y madama Rozel hacia al cantor Clemente la mas ceremoniosa, á la par que la mas picaresca de las reverencias.

Pero el tal Clemente no venía solo: detrás de él seguía tímidamente Luis Jacquemin.

Este paseo semanal al Campo de los Rosales, que le permitían dar, era la recompensa de su buen porte durante la semana; así es que, con este aliciente, era un gusto el verle acudir el primero al obrador siendo el último en dejar el trabajo.

Ya no concurría á las tabernas, ya no se desarreglaba, ni hacia las locuras de antaño. No tenía ya mas que un pensamiento, un objeto fijo; el de ver lucir, al cabo de ocho días de un trabajo continuo y de austeras privaciones, otro día resplandeciente, hermozeado por un sol claro y lleno para él de inefable alegría.

Aquellos ocho días le parecían, sin embargo, bien largos algunas veces; y le sucedía muy á menudo que, hallándose con la lima en la mano y la cabeza inclinada sobre su obra, se paraba de repente y se sentía dispuesto á tirar sus herramientas para correr de nuevo á entregarse á los vicios que tanto le habían embrutecido.

Y es que en aquellos momentos de angustia y desaliento, se aparecía delante de sus ojos el fantasma de Celina que le causaba vértigos; fantasma que ahora podía hacer huir evocando el día de Ursula.

Pero poco á poco había ido conociendo la dulce satisfacción y goces que procura el trabajo; el fijar la atención, tarea que le había costado mucha pena al principio el cumplir, había ido encontrándola poco á poco cosa fácil, y después agradable.

Había conocido en fin el gozo puro que siente el alma después de un día que ha sido bien empleado, gozo quizás

el mas completo que puede tener un hombre, cuando se halla satisfecho y contento de sí mismo.

No se le habría reconocido ya, al verle con su túnica de terciopelo muy acepillada y limpia, con sus cabellos negros cuidadosamente echados hácia la parte posterior del cuello, y su honrado mirar franco y sincero, sin que tuviese ahora motivo para bajar la vista delante de nadie.

Sus ojos parados, entontecidos en otro tiempo por efecto de la embriaguez continua, brillaban ahora con todo el reflejo de la juventud; sus miembros medio inertes habían recobrado su vigor antiguo, y su boca contraída por la pena ó el remordimiento continuo, había vuelto á hallar su sonrisa. Había habido en él tal transformación, que mas bien que una redención había sido una resurrección.

Y ¿quién había obrado este milagro?

Las dulces miradas de Ursula.

La amaba con el mismo ardor con que había amado á Celina, pero al mismo tiempo con mayor seriedad. Había llegado á comprender, ayudado quizás en esto por Clemente, que el amor no es solamente un placer, y que para ser verdadero, digno y generoso, es menester que lleve al mismo tiempo consigo el cumplimiento de un deber.

¡Qué satisfacción la de poderse uno decir, al pensar en el objeto amado: Ella me lo deberá todo! — yo seré su sola familia, su único apoyo, y sostenida por mi brazo atravesará las pruebas de las dificultades de la vida allanadas por mí. Si encontramos un guijarro en nuestro camino, yo soy quien lo empujará con el pié y lo apartará para que ella no tropiece.

¡Oh! amor santo que transformas en gozos hasta nuestras miserias y nuestras congojas; tú eres, tú solo el que nos inspiras el valor y nos das la fortaleza! — y este amor era el que conocía y sentía ahora Luis Jacquemin.

Y admirado de sentir latir su corazón de una manera enteramente nueva para él, de hallar en su alma mil sensaciones desconocidas en las que nunca había pensado, atribuía el mérito de esta transformación á Ursula; y penetrado del reconocimiento mas vivo se decía: — ¡Sí, ella es, sí, la que me ha salvado!

¿Llegaría ella á amarle á él algun día? eso no lo sabía ni aun pensaba en ello. Bastábale por el momento que se dejase amar.

El amor verdadero no es fátuo y la recompensa á que aspira le parece tan elevada, que jamás se cree digno de obtenerla. Mas, sintiendo en sí mismo que cada día se hacia mejor, se decía: Me voy acercando á ella y me hago de este modo mas digno de merecerla; y esta convicción lo hacia cada día mas animoso y mas fuerte.

Clemente le había contado la historia de Ursula, ocultándole sin embargo su parentesco con Celina, tanto por temor de espantarlo como por recelo de volver á encender en su corazón su antiguo amor, lo cual hubiera contrariado en extremo las miras de los protectores de Luis.

Solo sabía que Ursula era pobre como él, y que como él vivía únicamente con el fruto de su trabajo; que llegaría un día en que también ella querría tener su parte en los goces

de este mundo; que entonces pensaría en el hogar doméstico, en tener alguno á quien amar, en encontrar un corazón á quien pudiese confiarse, un brazo robusto sobre el que pudiese apoyar el suyo.

Si el día en que ella sintiese nacer esta necesidad imperiosa que la naturaleza ha colocado, como una flor divina, en el corazón de toda mujer, fuese sobre él sobre quien recayera su elección...

¡Oh! esta esperanza atravesaba como un vértigo el alma de Luis algunas veces, y entonces, empujando la lima con mayor vigor y tarareando una de las coplillas de Clemente, sonriéndose de sus pensamientos interiores, sentía remontar los estuivos vivaces de sus veinte años á la superficie de las amarguras de lo pasado y de las ignominias olvidadas.

Y al fin de cuenta, ¿por qué no sucedería así?

Pero cuando el domingo, al volver el ángulo del sendero, descubría las paredes cubiertas de yedra del Campo de los Rosales, sus esperanzas le parecían quimeras: consideraba con una rápida mirada la distancia que le separaba todavía, á él, ser degradado encenagado en los vicios y en el desarreglo, de aquella jóven tan pura; y exagerándose su indignidad, exclamaba angustiado:

¡Nunca jamás!

¡Nunca! — ¡Siempre! — ¡Quizás! — son las tres exclamaciones de los enamorados, cuya significación es infinita, como el mismo amor.

Cuando estaba lejos de Ursula, Jacquemin se decía:

— ¡Quizás!

Cuando se hallaba en su presencia, exclamaba en su interior: — ¡y con qué amargura!

— ¡Nunca, nunca, jamás!

¡Oh! ya vendrá el día en que pueda decir en fin:

— ¡Siempre!

Ursula, por su parte, tampoco miraba á Luis con indiferencia.

Era una jóven animosa y llena de generosidad: había en ella algo de la hermana de caridad.

Sabía de la vida y antecedentes de Jacquemin todo lo que Clemente había podido decirle: su amor vendido y sus dolores; y le había venido, como por instinto, el deseo de curar aquel corazón martirizado, de enjugar sus lágrimas y de afirmar aquel valor y ánimo desfallecidos.

Yo no aseguraría el que Ursula no amase ya á Luis: el amor no nace tan pronto en las almas tan reflexivas y graves como la suya; pero si no había amor, había ya por lo menos compasión, y sucede muy á menudo que la compasión suele ser la madre del amor.

El aire reservado de Luis y la misma tristeza le servían admirablemente como poderosos auxiliares para ir cautelando el corazón de la jóven.

Si él hubiera sido un seductor de los mas hábiles, no habría maniobrado seguramente de otro modo.

Por otra parte, Ursula era la razón y la prudencia personificadas. Jamás en la vida había hecho esos sueños dorados que vienen con frecuencia á exaltar los jóvenes cerebros de las colegialas.

Sabía que había pasado ya aquella edad de oro en que los príncipes se casaban con simples pastoreillas; así es que ella jamás había soñado con un héroe, sino con algun hombre honrado que la quisiese bien.

No la espantaban ni el trabajo continuo, ni el bocado de pan penosamente adquirido: ni tampoco retrocedía ante los deberes austeros de esposa y madre de familia; y de seguro, si se la hubiese puesto en el caso de tener que elegir entre el modesto chal color oscuro de la mujer del artesano y el rico chal de la querida de un rico, hubiese dado, sin vacilar, su preferencia al primero.

Así pues, era evidente que, con estas ideas, mirase á Luis como un partido, si no preferible, por lo menos conveniente, sin decir por eso que ella se hubiese parado á considerar esta cuestión, una sola vez, en sí misma.

Una mañana, — un domingo, — madama Rozel y Ursula, agarradas del brazo como dos amigas, estaban aguardando la visita acostumbrada de Luis y de Clemente, paseándose en el jardincito embalsamado con el perfume de las rosas.

Aquel día madama Rozel, que de ordinario era la alegría y la franqueza mismas, tenía maneras enteramente misteriosas.

Por dos ó tres veces había cogido el brazo de Ursula con una vivacidad inusitada y como si tuviese alguna cosa que confiarle, y en seguida lo había vuelto á soltar con la misma presteza, vacilando, sin duda, sobre el modo de entablar la conversacion.

Decidiéndose en fin, agarró, como vulgarmente se dice, el toro por las astas, y le dijo:

— ¿Cómo os parece nuestro amigo Jacquemin, mi querida niña?

Ursula se puso encendida como púrpura.

— Muy bien, ¿no es verdad? aunque algo triste. ¡Ha tenido el pobre tantas penas! ¡Oh! no es como Clemente, ese si que es un alegre vividor, bueno y amable.

Cuando se trataba de Clemente, Ursula no se cortaba ni ponía colorada: así es que empezó á hacer mil elogios de él sobre los que madama Rozel hacia, los cuales la linda mujercita aprobaba y celebraba dando pequeñas palmadas con sus redonditas manos.

— De modo que creéis que yo no he hecho mala elección, ¿eh?

— ¡Cómo! señora, ¿pues qué?...

— Sí, querida mía; me he decidido á casarme y he elegido á Clemente. Quedarse una para vestir imágenes, es cosa bien triste. Luego, ¡es tan alegre! siempre con la canción en los labios, y tiene un corazón tan bueno, sí, un corazón de oro. En fin, la cosa está decidida, y dentro de algunos meses, madama Rozel se llamará madama Clemente. He tomado mi resolución y se la voy á anunciar hoy mismo.

— Os aseguro, señora, que será bien dichoso.

— Ya quisiera yo ver que no lo fuera, respondió madama Rozel, mostrando con una franca risotada sus treinta y dos dientes blancos y nacarados como perlas. Pero, vos

tambien, querida mia, empezais á ser grandecita, y ya es tiempo de ir pensando en colocaros.

— ¡Oh! yo... dijo Ursula suspirando.

— ¡Qué lástima que Luis ame á otra! replicó madama Rozel, dando un suspiro hipócrita. ¡Es tan bueno y tan dulce!

Y sintió estremecerse el brazo de Ursula al que estaba agarrado el suyo.

— ¿Qué teneis, querida mia?

— ¿Yo, señora?... Nada, os lo aseguro.

— Me habia parecido que temblábais; las mañanas están todavía muy frescas.

Hubo un momento de silencio.

Ursula iba andando con los ojos bajos, y madama Rozel la miraba al soslayo y se mordía los labios para no reirse.

Aquella mañana habia una conspiracion en el Campo de los Rosales.

Ursula parecia que tenia ganas de hablar, de preguntar... pero no se atrevia.

Y la picaresca madama Rozel se divertía con este manejo.

Preciso fué que Ursula cediese, porque la otra no habria despegado sus labios ciertamente, ni por un imperio. Tal era su consigna.

— Entonces, ¿M. Jacquemin?...

— ¡Ay! sí, contestó la Rozel suspirando con una compuncion fingida; aun cuando yo os digo que él ama, yo no lo sé... quizás esté ya consolado... y deseo por su bien que sea así. Pero de lo que yo estoy cierta es de que ha amado, que ha amado demasiado á una mujer que no le ha correspondido, que ha sufrido mucho por eso, mucho, mucho... Y cuando se tienen esos antecedentes, no son muy buena garantía para una jóven que lo considerase como su prometido.

Ursula se sentía con el corazon oprimido.

— Al contrario, exclamó con viveza.

Luego se detuvo y se puso encendida.

La buena Rozel tomó á Ursula en sus brazos con entusiasmo, y besándola en la frente, le dijo:

— Sois un ángel: no me ocultéis nada. ¿No soy yo vuestra amiga?

— Ciertamente que sí, señora.

— Entonces, ¿consentirías tú, querida mia, en curar ese corazon ulcerado que ha padecido tanto?... Escucha: yo me bromeaba ahora mismo y hablaba con malicia. Pues bien, mira; Jacquemin te ama, sí, y te ama sinceramente. ¿Te hablaría yo y te lo aseguraría si no estuviera cierta de ello? Sí, ha padecido, y sufrido por una persona bien extrañada, es verdad; pero que te será muy querida cuando tú la conozcas. Casi es un deber para tí el cicatrizar las heridas que ella ha hecho.

Yo no te habria dicho nada de esto desde luego, porque no queria violentar en lo mas mínimo ni tu voluntad ni tu conciencia; pero ahora puedo confesártelo, porque veo que tú amas tambien un poco á nuestro pobre Luis: porque tú le amas, ¿no es verdad?

— Yo no te habria dicho nada de esto desde luego, porque no queria violentar en lo mas mínimo ni tu voluntad ni tu conciencia; pero ahora puedo confesártelo, porque veo que tú amas tambien un poco á nuestro pobre Luis: porque tú le amas, ¿no es verdad?

Con una voz confusa, casi imperceptible como el soplo de la brisa en las hojas de los árboles, Ursula, cada vez mas cortada y ruborizada, respondió:

— Creo que sí, señora.

Pero en seguida, avergonzada de su propia vergüenza, porque las confidencias de esta naturaleza son las que un corazon honrado debe afirmar á cara descubierta, la animosa jóven enderezando la cabeza y mirando fijamente á madama Rozel con sus grandes ojos negros, puros y francos como su alma, le dijo resueltamente:

— Sí, le amo.

Esta mañana yo misma lo ignoraba todavía, y sois vos la que me lo habeis hecho conocer. Dios me perdone; pero casi he tenido celos de la otra ahora mismo, cuando me habeis hablado de ella.

Pero es muy mal hecho el tener celos, y ahora ya no los tengo.

Por mí misma yo vacilaria todavía; pero si vos y M. Clemente me decís: Es menester amarlo; de seguro yo seguiré vuestros consejos.

Y bajando la voz, añadió:

— Y los seguiré con alegría.

¡Oh! ¡qué tiempo tan hermoso hacia, qué claridad tan pura llenaba aquel lindo jardincito que, con tanta propiedad, habia nombrado Clemente el Campo de los Rosales!... ¡Cercado bendito!

Los rayos del sol, pasando por entre el follaje del emparado de la glorieta, trazaba en el suelo círculos luminosos en los que se reflejaba un polvo adiamantado.

Las gruesas mariposas de color oscuro con sus alas extendidas y zumbando como si fueran abejorros, se posaban con vuelo desigual sobre los arbustos y las flores, y entre las ramas de los árboles se oía el gorjeo y los alegres chirridos de los pájaros...

Se sentía, así en los seres animados como en las plantas, una especie de gozo íntimo y grave: la misma traviesa Rozel no se reía ya; la risa, en medio de aquella serenidad, habria parecido una disonancia.

Por debajo de la glorieta y en el área de la calzada se oyó rodar un carruaje.

La Rozel se levantó.

Ahora estaba seria y grave; ni la sombra de una sonrisa jugueteaba en sus labios.

— Hija mia, le dijo á Ursula con un acento que le penetró el corazon; en esta mañana se va á decidir la suerte de dos seres que deben seros bien caros y que os tocan muy de cerca, si llegan á realizarse las previsiones de las personas que os aman.

La suerte de vuestra hermana y la de vuestro marido.

Hoy vais á ver, por primera vez, á una gran culpable que sola vos no teneis derecho de juzgar, aun cuando esta prueba se terminase de una manera distinta de la que nosotros esperamos.

Ursula, en este dia os está reservada una alegría inmensa, pero Dios solo es infalible: puede tambien cambiarse en un horrible sufrimiento la prueba que os espera.

Pero sois animosa, ya lo sé, y por eso una persona que es mas fuerte y mejor que yo os ha juzgado digna de someteros á esta prueba, no merecida, es verdad, pero que puede salvar á dos pobres seres que se verian perdidos sin vuestro socorro.

Teneis derecho de rehusar esta prueba, porque nosotros no nos sentimos con el de imponérsela á pesar vuestro, ni contra vuestra voluntad.

Ursula estaba pálida. Aquel lenguaje misterioso le oprimia fuertemente el corazon y la llenaba de angustia.

Pero era animosa, como habia dicho madama Rozel, y así la respondió:

— Se trata de él; y vos, que nunca me habeis hecho sino mucho bien, sois la que me aconsejais. Detrás de vuestra influencia siento la de madama Lamouroux — pues bien; ¡que se cumpla la voluntad de Dios!...

— Pues entonces, exclamó madama Rozel besándola en la frente, esperadme aquí.

Y con paso tan ligero como el vuelo de un pájaro, bajó los escalones de la glorieta.

La voz de Clemente, que cantaba, se oía ya en el camino.

Ursula, cubriéndose el rostro con sus manos, murmuraba:

— ¡Dios mio! ¡cómo le amo!

## X

## LA HERMANA MAYOR.

Dejóse oír el ruido de un paso en las escaleras del terrado; Ursula levantó la cabeza y se encontró cara á cara con Luis Jacquemin.

Con Luis, que estaba tan pálido y tan turbado como ella misma.

Se adelantó hácia ella, pero, lleno de timidez, se detuvo.

En seguida, con una voz trémula por la emocion, le dijo:

— Ursula, os amo: ¿quereis hacer la prueba para ver si vos podreis amarme?

Ahora fué ella la que se adelantó hácia él, y tomándole la mano que tenia extendida, le dijo con sencillez, con resolucion y con franqueza:

— Creo que sois un hombre honrado, Luis, y yo tambien os amo.

¡Oh! qué delicioso era el estar en el Campo de los Rosales aquella mañana.

Hubo como un delirio.

Embriagado, enloquecido por la dicha y el agradecimiento, Jacquemin se sentía con alas victoriosas que lo sacaban del

cenagal en que se habia encontrado, para trasportarlo de un solo vuelo á la cumbre de los gozes ideales.

Y deslumbrado por aquella luz que reinaba en aquel azul despejado, veia flotar ante sus ojos multitud de chispas y estrellas brillantes, como les sucede á los que han estado mirando al sol largo rato.

Toda su fuerza, todo su valor desaparecieron de repente.

Después del esfuerzo que acababa de hacer, se sintió desfallecer y se dejó caer como anonadado y como una masa inerte sobre el banco de madera carcomida.

Ursula estaba muy serena y resuelta.

Luis le habia dicho «yo os amo», y ella habia respondido diciendo tambien «yo os amo», y desde ese momento se consideraba ya como la amiga, la hermana, la mujer de Luis.

Así son esas jóvenes altivas cuya pureza no ha sido nunca empañada por ninguna mancha, y que, educadas en la ruda escuela de la miseria honrada, han sabido soportarla con valor.

Vino á sentarse al lado de Jacquemin, como para decirle:

— Ya sé que tú has sufrido; pero tu dolor no es solo tuyo: yo quiero tener mi parte en él.

En esos momentos sagrados en que las almas parece como que se despojan de la pesada cubierta terrestre en que se hallan envueltas, diríase que se establece entre ellas una comunicacion mas íntima, como si un ser invisible murmurase en voz baja á sus oidos los mas secretos pensamientos.

Si así no fuese, cómo explicar el que Luis, cogiendo la mano de Ursula y como respondiendo á aquella cuestion muda, le dijese:

— ¡Oh! sí, he sufrido mucho.

— Ya lo sé, le replicó ella.

— Lo sabeis ¿y me habeis amado?

— Os amo desde que lo he sabido.

Estas últimas palabras tan sencillas y tan grandes hicieron brotar el llanto. Hacia ya mucho tiempo que Luis no habia llorado; creia agotada en él la fuente sagrada de las lágrimas.

Lloró con delicia.

Derramó sus lágrimas sobre el hombro de Ursula, que le permitió apoyar sobre él su frente castamente.

— ¡Perdonadme, perdonadme! decia; no ha sido culpa mia. No es el sentimiento lo que me hace llorar, sino el remordimiento. He sido débil y cobarde... perdonadme.

Y ella le respondió:

— Yo no os perdono, Luis, no tengo por qué perdonaros, al paso que por esas lágrimas os amo aun mas.

¡Oh! qué delicioso era el estar en el Campo de los Rosales aquella mañana.

En la parte baja del jardin, agarrados del brazo, se paseaban á lo largo de sus calles Clemente y la Rozel.

Estos no lloraban, no por cierto, bien al contrario; en la garganta del alegre joyero se sentian retozar las cancioncitas y estribillos capaces de dar envidia á un ruiseñor.